





**Trujillo dentro de la historia**  
**Ismael Herraiz**

**Ediciones LAVP**

---

**[www.luisvillamarin.com](http://www.luisvillamarin.com)**

Trujillo dentro de la historia  
© Ismael Herraiz  
Primera Edición Madrid-España 1957  
Reimpresión abril de 2020  
© Ediciones LAVP  
[www.luisvillamarin.com](http://www.luisvillamarin.com)  
**ISBN:** 9781078723275  
Ediciones LAVP

Todos los derechos reservados. Sin autorización escrita del editor, no se puede reproducir ni parte ni la totalidad de esta obra, por medios físicos, electrónicos, electromagnéticos, reprográficos, de audio, de video, comics o cualquier otra forma de comercializar libros hecho el depósito de ley en Colombia.

## INDICE

<b>Primera Parte</b>	
El hombre y su circunstancia	<b>6</b>
Colituertos, bolos, coludos o la gallera nacional	<b>36</b>
“Business are business”	<b>63</b>
Fábula de la cucaracha y la gallina	<b>86</b>
El círculo vicioso	<b>127</b>
Ahora habla Trujillo	<b>144</b>
<b>Segunda Parte</b>	
La patria es donde estás bien	<b>151</b>
“ <i>Gobernar es alimentar</i> ”	<b>151</b>
No hay más que un enemigo	<b>177</b>
La polka de las constituciones y el rigodón de los partidos	<b>205</b>
¡Al fin libres!	<b>243</b>
<b>Tercera parte:</b>	
El "ángelus" en la frontera	<b>271</b>
Un francés que supo geografía	<b>271</b>
Errores y terrores del pequeño Goethe de la Martinica	<b>278</b>
La libertad pide centinelas	<b>289</b>
Drama en cinco cuadros	<b>296</b>
Primer cuadro: El caballero Bertrand D'Ogeron, un pillastre de pelo en pecho	<b>306</b>
Segundo cuadro: La riqueza y el "vaudou"	<b>325</b>
Tercer cuadro: La ineptitud no es un derecho divino	<b>351</b>
Cuarto cuadro: Los esclavos, al asalto de la historia	<b>373</b>
Quinto cuadro: Trujillo pone fin al drama	<b>409</b>
El "angelus" en la frontera	<b>455</b>

## PRIMERA PARTE

El hombre y su circunstancia—Colituertos, Bolos y coludos, O la gallera nacional —"Business are Business".—Fábula De la cucaracha y de la gallina.—El círculo vicioso. Ahora, habla Trujillo.

*"Si hoy constituimos una nación integralmente libre, dueña de poderosas energías morales y consciente de su destino histórico, es porque Trujillo ha dado caracteres de perduración a la obra de los fundadores de la república, consolidando la Patria por ellos creada y dotándola de la unidad de conciencia necesaria para que se mantenga siempre firme y siempre igual a sí misma en la continuidad solidaria de sus generaciones."*

**JOAQUÍN BALAGUER: La realidad dominicana.**

### El hombre y su circunstancia

El 14 de septiembre de 1897, el Listín Diario, de Santo Domingo, publicaba la siguiente noticia: *"Una hoja suelta, que hemos recibido de San Cristóbal, firmada el 9 del corriente por muchas de las más connotadas personas de aquella localidad, nos informa de los triunfos obtenidos por el doctor Brioso en el caso del "erup" del niño Rafael Leónidas Trujillo, arrancado al sepulcro merced a los incansables esfuerzos de dicho doctor, auxiliado por el doctor Báez y secundado por otras personas más, que se multiplicaron para facilitar la adquisición del suero, etc.*

*El suero antidiftérico usado en este caso ha sido preparado por los doctores Dávalos y Acosta, del Laboratorio Bacteriológico de La Habana, el 14 de agosto último. Nuestra felicitación a los inteligentes doctores Brioso y Báez y nuestra felicitación a los familiares del pequeño Rafael."*

La felicitación pudo ser mucho más amplia de lo que el redactor de la nota podía humanamente intuir, porque, en realidad, lo que el suero antidiftérico acababa de arrancar del sepulcro era nada menos que la patria dominicana, cuyo destino estaba ya aferrado poderosamente por aquellas diminutas manos que combatían

con la muerte. Me parecen innecesarias todas las divagaciones en torno a tan clara y comprobable verdad, porque ningún dominicano puede pensar en aquel milagro sin reconocer en él algo así como la pura mirada de Dios manifestándose al fin sobre la incierta suerte de Santo Domingo.

Aunque sea a título de simple curiosidad, no puedo dejar de anotar que también de algún modo la vieja y maternal sombra de España se acercó hasta la cuna donde se apagaba lentamente la vida de Rafael Leónidas Trujillo. En aquellos días, las últimas banderas de España en las Antillas iban a ser arriadas, pero todavía flotaban sobre La Habana y, por eso, un laboratorio español y unas manos españolas pudieron preparar el suero que iba a rescatar para la Historia la existencia de aquel niño dominicano.

Y me parece que también podría subrayarse otro sencillo aspecto del desvelo español por la vida de América. Hacía solamente tres años (1894) que el doctor Roux había logrado descubrir el suero antidiftérico, y el hecho de que, en medio de la lucha fratricida que incendiaba la hermosa isla de Cuba, se pudiera ya preparar el prodigioso remedio, merece, a mi modesto entender, alguna consideración benévola hacia los modos de la colonización española. No todo, al parecer, llegó con las tropas "*gringas*".

Al abrirse misteriosamente paso por la sofocada garganta de aquella criatura dominicana, la terapéutica española iba a rescatar uno de los más tranquilos y valerosos corazones que ha conocido la estirpe hispánica.

En general, las cábalas y conjeturas de la genealogía ofrecen un interés muy relativo para las interpretaciones políticas, y yo me siento muy torpe para trepar por esos frondosos árboles familiares; pero algo hay, sin embargo, en la historia de la familia Trujillo y de

la familia Molina que merece ser expuesto con sencillez, para que el lector obtenga, si lo tiene a bien, las oportunas consideraciones.

Yo creo que la personalidad inequívocamente española de Rafael Leónidas Trujillo, el primer dominicano de todos los tiempos, está configurada a lo largo de los siglos de una manera tan certera que ya se puede entender con absoluta claridad el porqué de ese hispanismo inflexible y sin fisuras que Trujillo proclama en todo tiempo y ocasión.

En 1514 aparecen en La Española los primeros Molina. En Santo Domingo residía el cordobés Diego de Molina, hijo del Jurado Diego de Molina y de María Hernández de Molina. El apellido Trujillo, de tanto abolengo español, aparece más tardíamente en la isla que el de Molina, y sólo hacia principios del siglo XIX encontramos en la sociedad dominicana los nombres de las familias Trujillo-Hernández y Trujillo-Echevarría, pero, indudablemente, esta fijación tardía del apellido Trujillo me parece poco convincente, porque la geografía dominicana aparece, con siglos de anterioridad, incluyendo en su toponimia al poblado Trujillo, en la margen izquierda del Yuna; la Quebrada Trujillo, al noroeste de Neiba, y la Punta Trujillo, al suroeste de Barahona. Naturalmente, se entenderá que me refiero a la nomenclatura geográfica anterior al nacimiento del actual Caudillo dominicano.

Pero, de todas maneras, no trato de remontarme a esos mundos siempre nebulosos de la genealogía y prefiero referir la estirpe española del Generalísimo Trujillo a datos más cercanos y comprobables. El abuelo paterno de Trujillo nace en Las Palmas de Gran Canaria en el año 1841 y muere en La Habana en el año 1922. Es, por lo tanto, un personaje de carne y hueso, cuya vida se puede seguir paso a paso, con fechas y datos, apoyándola en documentos al alcance de la mano. ¡Gran tipo debió de ser, en verdad, este Tru-



jillo Monagas! Estaba fundido en ese extraño metal español inalterable a la aventura, a los peligros, a las enfermedades y a la suerte.

Murió a los ochenta y un años de edad, pero debió de dar la sensación de que no iba a morir nunca. El retrato del personaje que ahora mismo tengo ante mi vista es la expresión más acabada, gallarda e imponente del oficial español de la segunda mitad del siglo XIX.

El subteniente del Ejército español don José Trujillo Monagas se ha dejado retratar apoyado con una indolencia, que no achica la marcialidad, en una especie de consola isabelina. A ambos lados de la figura, dos cortinones caen con un estudiado descuido; pero el subteniente no permite al curioso detenerse mucho en estos livianos detalles.

Es él, un oficial español para quien el mundo es pequeño y la calle estrecha, quien desde su inmovilidad parece adelantarse hacia el espectador y reducirle a la mínima expresión. Tiene el rostro ligeramente ladeado, pero sin que la "*prenda de cabeza*" ofenda lo más mínimo el buen porte y policía que imponen las Reales Ordenanzas; el codo derecho, apoyado en la consola, mientras la mano izquierda sostiene con firme elegancia el espadín, que cae recto a lo largo de la pierna.

Yo no sé con exactitud el nombre técnico que los peluqueros de entonces darían a esas barbas laterales, enormes y terminadas en punta, que exhibe nuestro magnífico oficial; barbas tremolantes como dos banderines y que, para tormento de tantos corazones femeninos, lucían por aquel entonces los bizarros tambores mayores de los antiguos regimientos. Bajo la visera, desde la sombra, los ojos del subteniente don José Trujillo Monagas son dos vivos chispazos, un doble y desdeñoso desafío a la vida misma.

De este fantástico ejemplar de la raza habló alguna vez su nieto a los españoles. Fue en la Casa de España, con ocasión de la visita del embajador extraordinario, marqués de Lúea de Tena:

*"He venido aquí—dijo Trujillo—como quien llega a la casa sagrada de sus abuelos, al noble hogar común a cuyas puertas lo recibe, con una sonrisa acogedora, el genio tutelar de sus antepasados, con tanta más razón cuanto que de España procede mi abuelo paterno, don José Trujillo Monagas, doctor en Medicina, soldado y poeta."*

La estampa del soldado y del poeta ha dejado un reflejo seguro en la rama dominicana de los Trujillo, que se inicia con él. Todos tienen un empaque marcial dentro del uniforme, un sentido innato de la disciplina, una decisión férrea para la acción y, al mismo tiempo, un suave gusto, casi melancólico, por la poesía. Los discursos de Trujillo encuentran siempre bajo el rigor político un trasfondo de lirismo y de ensueño, y el hijo mayor del generalísimo, Rafael Trujillo Martínez, encuentra en la poesía un delicado contrapunto a sus pesados deberes de jefe de la aviación dominicana: Bécquer, según uno de sus profesores, es el poeta preferido.

Estos Trujillo Monagas están condenados fatalmente a triunfar. Si un Trujillo ve llegar a sus manos el poder como un fruto maduro e irrenunciable, logrado sin ambiciones y sin servidumbre, los Monagas dejarán huella indeleble en la historia de Venezuela, donde tres de ellos, José Gregorio, José Tadeo y José Ruperto Monagas, ocupan por cuatro veces la presidencia de la república. Entre 1850 y 1875, la familia Monagas es arbitro de los destinos venezolanos...

José Trujillo Monagas llegó a la antigua Española con las tropas de guarnición en Cuba que el general Serrano envió a los pocos días de la anexión. Su hoja de servicios en Santo Domingo nos le presenta al frente de un hospital en Las Matas de Farfán,